

La mujer en las tejas de Villafranca de los Caballeros

The woman in the tile factories of Villafranca de los Caballero

Pilar Corrales Montealegre,

España

(picomont@hotmail.com)

Abstract:

This study on the tile factories and pottery work in Villafranca de los Caballeros (Toledo) analyzes both the timing and the causes of their disappearance. It highlights the influence of weather on tilemaking, especially rainfall, and the location of each factory in relation to the town. Each part of the tile factory is described (the kiln itself, the threshing floor, the kiln, and the pit), as well as the materials (clay and firewood), the shape, and the tools used in each task (grinding stone, hoe, frames, hoes, pickaxes, rakes, etc.). The tasks performed are also described (extraction of the earth and mixing of the clay, cutting, laying, firing of the finished product, storage, and sale of the resulting products), and the social standing of the tile maker and their work is emphasized. Finally, the relationship of the guild with Saint Mark, their venerated patron saint, and the celebration of his feast day are discussed.

Keywords: Tile factory, mud, Villafranca de los Caballeros

Resumen:

Este estudio sobre las tejas y el trabajo del barro en Villafranca de los Caballeros (Toledo) analiza tanto el tiempo como las causas de su desaparición. Se señala la influencia de la meteorología en el trabajo tejero, sobre todo de la lluvia y la situación de todas ellas con respecto al pueblo. Se describe cada una de las partes que consta la tejera (casilla, era o tendido, horno y pozo), los materiales (barro y leña), la forma, además de los útiles y herramientas usados en cada labor (gredilla, galápago, marcos, azadones, hurga, baleos, etc.). Asimismo, se describen las faenas que se realizan (extracción de la tierra y amasado del barro, cortado, tendido, cocción del material fabricado, almacenamiento y venta de los productos resultantes) y se incide en la consideración social del tejero/a y su trabajo. Finalmente, se señala la relación del gremio con san Marcos, su venerado patrón, y la celebración de su fiesta.

Palabras clave: Tejera, barro, Villafranca de los Caballeros

Introducción

La historia de la humanidad siempre hace referencia, para su mejor comprensión y entendimiento, a los diferentes oficios y materiales relacionados con la vivienda y la construcción de edificios, la habilidad en el manejo de las herramientas más idóneas para llevarlos a cabo y el conocimiento de los materiales más adecuados, dependiendo de su disponibilidad en las distintas zonas, puesto que todos ellos son factores importantes en el proceso de la construcción de una edificación habitable.

A lo largo de la historia y hasta hace relativamente pocos años, en que se han agilizado los transportes y las comunicaciones, el propio artesano limitaba sus posibilidades a los materiales que encontraba a su alrededor, restringiendo sus medios de fabricación.

Procuraremos aquí centrarnos en las labores de las tejas de Villafranca de los Caballeros (Toledo). La alfarería y la cerámica en España gozan de mayor bibliografía que las tejerías por haber pervivido en el tiempo, aún perduran como artesanía, mientras que el de tejas y ladrillos manuales no ha conseguido sobrevivir por la gran industrialización que ha sufrido su proceso de fabricación, con los consiguientes abaratamientos de los productos resultantes. Las tejas referidas son de larga tradición y a mediados de los años cincuenta del siglo XX supusieron una importante parte del trabajo ejercido en Villafranca de los Caballeros y del cual vivieron alrededor de cuarenta y cinco familias.

En el Catastro del marqués de la Ensenada, de mediados del siglo XVIII, hay registradas diez tejas obrando en Villafranca de los Caballeros, a finales del siglo XIX se contabilizaban diecinueve, y a mediados del siglo XX, entre treinta y cinco y cuarenta, lo cual supone el mayor auge de la profesión en nuestro pueblo. En cualquier caso, son muchas más las registradas operando en Villafranca de los Caballeros que en los pueblos de alrededor. Estas tejas se mantuvieron operativas hasta mediados de los años setenta del siglo XX, perdurando alguna hasta 1980 y cerrando la única que sobrevivió hacia 1990, la de Lorenzo Gómez Morales, *Corona*.

Todas menos dos (documentadas), la de Brígida Villalba y la de Benita Corrales, eran regentadas por hombres, pese a que en todas ellas trabajaban también mujeres capaces de desarrollar cualquiera de las faenas tejas.

Generalidades

La teja

Según el Diccionario de la lengua española, la palabra “teja” proviene de la latina *tegula* y la define en su primera acepción como “pieza de barro cocido u otros

materiales, con forma acanalada o plana, que se utiliza para cubrir los techos y dejar escurrir el agua de la lluvia”.

Griegos y romanos las colocaban en sus construcciones con una parte plana o *tegula*, combinada con otra semicilíndrica (*imbrix*) cubriendo las juntas.

Este trabajo principalmente se centra en la teja árabe que sustituyó a las anteriores, siendo de forma única semitroncocónica y diferenciándose por su colocación: de *canal* (con la concavidad hacia arriba para recoger las aguas) y de *cubierta* o *cobija*, colocada del revés sobre la junta de las anteriores.

La teja se usa para cubrir todo tipo de edificios de techumbre inclinada como protección frente a la lluvia y el calor. Se considera el primer material usado cocido en la historia, por ser el tejado la parte más expuesta a los elementos. Era suficiente construir el resto de la vivienda con tapial (de tierra apisonada) o con adobes (ladrillo de barro y paja sin cocer), por estar más protegido de la intemperie.

Es resistente, de larga e indefinida duración pese a su fragilidad, de fácil manejo y bajo coste. Debido a las altas temperaturas a que se somete durante la cocción suele sobrevivir al resto del edificio, pese a su aparente escasa consistencia. Mide unos cuarenta centímetros de largo por veintisiete centímetros en la parte ancha o *bocal* y dieciséis centímetros en la estrecha o *colilla*, y pesa aproximadamente dos kilos, aunque también se fabricaban más grandes (tejas *maestras* para los canalones).

El ladrillo

Es una pieza cerámica, con forma ortoédrica de distintas medidas, de apariencia tosca y caras rugosas, obtenida por moldeo, secado y cocción de una masa arcillosa compuesta en su mayoría por sílice y alúmina y que se emplea en albañilería para la construcción de paredes, cerramientos y fachadas.

Hace más de seis mil años, los sumerios ya los usaban como revestimiento exterior en sus edificaciones, aunque también empleaban adobes sin cocer. La arcilla destinada a la fabricación de ladrillos se mezclaba con paja, de la cual se añadían mayores cantidades si la masa era usada para adobes.

La baldosa

Difiere del ladrillo en su forma cuadrada y en que tiene una cara más pulida, que será la vista en el solado.

En tos sitios se hace teja: las tejas en España

La conformación básica de las tejas en toda España es muy parecida: una casa (*casilla* en Villafranca de los Caballeros) donde guardar los utensilios y el material seco o para resguardarse, la era o terreno totalmente diáfano para evitar las sombras y favorecer las corrientes de aire, y donde se realiza el moldeado y el secado de la producción, el horno y un pozo con abundante agua. La forma de elaboración es básicamente la misma: extracción de la tierra y amasado del barro, cortado y moldeado, secado y cochura o cocción en el horno.

Incluso su denominación es parecida: tejar, tejería o tejera. El marco para ladrillos se llama brenca, merca u horma en otros lugares. El llenado y el vaciado del horno encañe y desencañe en Castilla y León, mientras que en Villafranca de los Caballeros se denomina enhornar y desenhornar.

También coinciden en el tiempo, hacia los años 50 y 60 del siglo XX, el abandono y desaparición de este trabajo en toda España, quizá porque se requería más mano de obra en lugares más industrializados y los trabajos urbanos estaban mejor remunerados, era más cómodo trabajar y más barato producir en las cerámicas industriales, con mejores condiciones laborales, más mecanización y horarios establecidos. En Villafranca de los Caballeros perduró algo más la fabricación artesanal.

En el territorio español difiere el régimen de explotación de las tejas: en el norte, los tejeros eran temporeros e itinerantes y ofrecían sus servicios. En Extremadura, cada pueblo tenía uno o varios tejares y los explotaban por turnos varias familias o *ranchos* de tejeros. En Navarra, los ayuntamientos eran los dueños y su explotación se ofrecía cada año al mejor postor, que pagaba en dinero o en productos elaborados en la tejera. Ésta incluso se alquilaba a tejeros provenientes de Francia. En Villafranca de los Caballeros, normalmente cada tejero era dueño de su propia tejera, aunque algunos la alquilaban a otras personas hasta que podían comprar la suya, o una misma tejera era explotada por varias familias. Podía ocurrir que la

tejera constara de dos casas pertenecientes a distintos dueños, habitualmente familiares, y tuviera un horno situado entre ellas, que compartían.

Recoger, que está tronando: el tiempo y las tejeras

El trabajo de las tejeras estaba muy influenciado por la meteorología, por lo que quedaba muy limitado temporalmente, ya que solo se podía trabajar en el periodo comprendido entre los meses de marzo a octubre. En el invierno aumentaba la posibilidad de que se estropeará el material si se helaba antes de cocerlo, por lo que solo era posible la producción con el buen tiempo casi garantizado. Aun así, no se podía evitar el riesgo de las tormentas estivales. Se debía recoger rápidamente la producción tendida a secar en la era, pues si se mojaba antes de cocerla, se estropeaba enteramente, perdiéndose todo lo realizado hasta ese momento.

Tampoco son infrecuentes las heladas en Villafranca de los Caballeros durante los meses de abril y mayo, pese a lo cual se arriesgaban a que por el hielo se resquebrajaran los productos sin cocer. Por eso se intentaba aprovechar siempre el buen tiempo, aunque todavía hiciera el suficiente frío como para que se agrietasen las manos y los pies durante la manipulación del barro.

El resto del año, el tejero se dedicaba a recoger leña para la temporada siguiente o a otros trabajos ajenos al del barro, y a reparar lo estropeado en la tejera. Aunque el mal tiempo no siempre se presentó tan nocivo, como en las dos extraordinarias tormentas que tuvieron lugar en 1949 y 1952 en que cayó mucho pedrisco, el cual rompió gran cantidad de tejas en la región.

Los más viejos de Villafranca de los Caballeros recuerdan perfectamente la llamada *pedrea gorda*, ocurrida el 6 de septiembre de 1949 a las cinco menos cuarto de la tarde. Aquella *nube* descargó piedras de más de medio kilo. Gracias a esto, los tejeros de nuestro pueblo pudieron vender muchísima teja, dada la gran demanda posterior. El precio subió casi hasta lo que cada uno quiso pedir por ella, aunque acordaron honestamente entre todos venderla a no más de cuarenta céntimos la unidad.

Entre camino navarro y camino enmedio: ubicación

La mayoría de las tejeras de Villafranca de los Caballeros se situaba al este del pueblo, entre las actuales carreteras de Quero (Toledo) y Alcázar de San Juan (Ciudad Real), ya que allí la tierra usada para el barro se consideraba mejor y era abundante y cercana al lugar de trabajo, abaratando así los costes de transporte.

Al oeste solo estaba la tejera de Victoriano Peño Beldad (*Vitoriano el Gordito*) y entre el camino de Madridejos y el de los Silos, otras tres: la de los *Perrenas*, la de los *Patarras*, ambas explotadas por dos familias y la de Matías Bolaños.

Los *terreros* o lugares de donde se extraía la tierra pertenecían a otros propietarios que los explotaban vendiéndola por metros. Se extendían por las cercanías de las tejeras y la tierra se extraía marcando *entraeras* donde se consideraba que el filón era mejor, para lo cual se dejaban unos *testigos* o montones de tierra sin aprovechar, a fin de dejar a la vista los distintos estratos. A veces aparecían *tejos* (vetas de tierra arcillosa muy dura y difícil de trabajar) que se desechaban. Éstos quedaban marcados en las distintas alturas que se apreciaban en los testigos.

A pleno sol: la tejera y sus aledaños

La casilla

En Villafranca de los Caballeros las tejeras constaban generalmente de una sola casa llamada *casilla*, normalmente propiedad de cada tejero. Había familias que vivían en su tejera durante todo el año.

Era una construcción simple, de planta rectangular diáfana y tejado a dos aguas con forjado de madera, cañizo, barro y teja. Carecía de ventanas, aunque siempre se dejaba un agujero redondo como ventilación en el testero contrario al horno. Los tejeros creían que las golondrinas daban buena suerte, por lo que admitían de buen talante su presencia en el interior, al que entraban por ese ventanuco. El suelo era de tierra apisonada y el vano de la puerta abría hacia el espacio de la era. Las paredes eran de tapial y se encalaban una vez al año para la celebración de San Marcos, patrón de los tejeros, el 25 de abril, coincidiendo con el comienzo de la temporada de producción. Podía disponer de una cuadra para el borrico, aunque normalmente la *casilla* solo se utilizaba para guardar el material seco o para protegerse los trabajadores. Solía tener una chimenea donde a veces las mujeres cocinaban para el

resto del grupo. Si había mucho trabajo, eran las mayores que habían quedado en el pueblo quienes la hacían y la llevaban a la tejera hacia mediodía. En la parte de atrás de la casa se construía un chamizo donde cobijar al burro y la leña almacenada durante el invierno, cubierta con *teletones* y esteras para preservarla de la intemperie.

La era y los tendidos

La *era* constituía el terreno abierto y alisado de tierra delante de la casa, de entre 1.000 y 1.500 metros cuadrados. Debía ser un espacio libre de obstáculos que hicieran sombra y pudiesen entorpecer el correcto secado del material al sol, y era donde se desarrollaba la mayor parte del trabajo.

El horno

Era de tipo árabe a cielo abierto, de planta cuadrada y adosado a uno de los laterales de la *casilla* o situado entre dos para ser explotado por ambas familias. Era una construcción tronco piramidal, de piedra, revocada y sellada en su interior con barro, con una abertura llamada *portero*, de abajo arriba y de anchura suficiente para que pasara una persona (Figura 1). Este *portero* estaba situado en la cara anterior, cerca de la casilla, y era por donde se cargaba el horno o se sacaba el material cocido. En la cara posterior del horno había una zona excavada llamada *bocina*, desde donde se accedía a la *boca*. A ambos lados de ésta se hacían dos agujeros llamados *tiros* o *tiradores*, cuyo fin era controlar bien la combustión a la hora de quemar la leña. Al lado de la *bocina* se construía una escalera para bajar desde la parte superior cuando se había cargado el horno de material sin cocer o para subir a controlar el calor antes de sellarlo.

El interior del horno constaba de dos cámaras. La más baja, a ras del suelo, era el horno propiamente dicho, la cámara de combustión, caldera o lugar donde se quemaba la leña. Se separaba de la cámara superior o de cocción por una parrilla compuesta por arcos de ladrillo refractario (Figura 2). Estos se revocaban con barro y eran cruzados por las llamadas *valeras*, ladrillos grandes y rectangulares formando una rejilla con aquellos. Sobre esta estructura se apoyaba el material durante la cochura, aguantando su peso.



Figura 1. *Cámara de combustión en la tejera de Lorenzo Gómez, 2010* © Pilar Corrales y Domingo Camuñas

Figura 2. *Cámara de cocción en la tejera de Lorenzo Gómez, 2010* © Pilar Corrales y Domingo Camuñas

El pozo

Era necesario en cada tejera que hubiera un pozo que surtiera de agua suficiente para las grandes necesidades del trabajo tejero. Estos pozos estaban *al rape*, es decir, sin brocal para facilitar la extracción del agua, aunque si estaban recubiertos en su interior con ladrillos *poceros*.

Útiles milenarios: las herramientas

El molde para cortar teja se llama *gredilla* (gradilla) en Villafranca de los Caballeros. Es un molde trapezoidal fabricado en hierro con agarraderos y la base más ancha o *bocal* ligeramente curvada. En la fabricación de la teja se usaba además el *galápago*, molde curvo y alargado, normalmente de madera, dotado de un mango en su parte ancha o *bocal* para manejarlo. Servía para curvarla y depositarla en el suelo desde la *estancia* en que se había *cortado*.

Los ladrillos se hacían en un molde doble de madera llamado *marco*, de unos tres centímetros de altura y veinticinco centímetros por doce centímetros y medio de anchura, con una separación central. Había un marco especial para los ladrillos *poceros* y *chimeneones*, otro mayor para adobes y uno más en forma de trapecio regular, mayor aún, para las losas. El usado para las baldosas era cuadrado, de entre veinte y treinta centímetros de lado y dos o tres centímetros de altura. Para enrasar

el barro en los moldes y dar brillo a la cara vista de las baldosas se utilizaba un *rasero* de madera.

Antes del secado total de los ladrillos se usaba un raspador (*raspaor*) o *guchilla* (cuchilla, trozo de una hoz rota) para desbastarlos y limarles las posibles asperezas y rebabas.

La mesa utilizada se llamaba *estancia*, era de madera y sobre ella se disponía el *tablero*, gran taco de unos diez o doce centímetros de grosor donde se *cortaba* la teja; una *serilla* de pleita o una esportilla para contener la ceniza; la *tornaja* (dornajo, artesa pequeña), para el agua con que el *cortaor* se mojaba las manos y lavaba el rasero y la *gredilla*; y una lata también con agua a disposición del *tendeor*. A un lado de la *estancia*, en el suelo, se ponía la *remoja*, pequeño baleo donde se dejaban las porciones del barro sobrante del *cortado* (Figura 3).

La leña se introducía en el horno con una horca, y se empujaba hacia el interior con una *hurga* o hurgón, instrumento de mango largo de madera, con el extremo metálico en forma de horquilla.

También eran necesarios azadones y palas para extraer la tierra y amasar el barro, rodillos para esparcir la arena en los tendidos de ladrillo y baldosa, cribas para cerner la paja, *raideras* (raedera, especie de pala recta metálica para alisar la tierra en la era), cubos para transportar el agua, regar el suelo y enfriar el material recién cocido, baleos de pleita sobre los cuales formar el *pellón* y *teletones*, ropones y mantas viejas para cubrirlo y para *abrigar* la *barrera*.



Figura 3. Cortando teja en la estancia, hacia 1960. © Paquita Gómez Mariblanca

A por masiega a los vegones: la leña

La leña (masiega) era imprescindible en las tejeras, ya que se necesitaban grandes cantidades para alimentar el horno y cocer el material.

El transporte de la masiega lo solía hacer algún carretero que se contratara para transportarla de Las Torres (entre Herencia y Villarta de San Juan), Los Vegones o Río Magaña, lugares pantanosos donde frecuentemente se acudía a recoger masiega (*Cladium mariscus*) y cándalos (*mentha suaveolens* o hierbabuena silvestre). También se recogían salicores, sarmientos, *remoliza* de la poda de las olivas, carrizo de las lagunas, paja o tobas. Todo esto bien seco, arde con facilidad y produce gran llama, por lo que se empleaba como buen combustible en el horno, a falta de madera, escasa en La Mancha y poco conveniente porque sus brasas guardan el calor durante demasiado tiempo.

Normalmente se juntaban varios tejeros para ir a recoger la leña y cargar grandes carros para compartirlos (Figura 4). Otras veces se contrataba a un peón para cortarla, pagándole entre todos las *obrás* o peonadas que hubiera empleado en ello. El almacenamiento de la leña se hacía en un lateral de la tejera bajo un chozo de carrizo. Si no se disponía de él, se amontonaba cerca del horno y se cubría con esteras en montones llamados *cabañas*.



Figura 4. *Volviendo de recoger leña*, hacia 1955. © eltiocazuela.com

Remeter las orillas: el barro

Villafranca de los Caballeros es rica en tierras arcillosas, capaces de absorber hasta un 70% de su peso de agua, por lo que la arcilla hidratada adquiere una gran plasticidad para ser posteriormente moldeada.

La tierra se extraía haciendo *entraeras* por metros en los terreros. El tejero la obtenía cavando con azadón, cargándola con pala y transportándola hasta su era, si disponía de carro, o alquilando uno. A esta labor dedicaba un día entero, haciendo varios viajes y acumulando tierra para trabajar durante una o dos semanas.

La tierra se iba amontonando en la *pila*, haciendo primero montones que después se alisaban y cuyos bordes se recogían con la pala (*remeter las orillas*). A estos montones se les hacían unos cráteres, *pozos* o *pocetas* para *augar* (aguar) la tierra a *cubás*, es decir, echándole un cubo de agua. A estas operaciones se las llamaba *empilar*. Solían realizarse al anochecer para que la tierra tuviera tiempo de remojarse bien, se pudiera mezclar uniformemente y formar el barro con ayuda de palas y azadones.

Por la mañana, se procedía a deshacer los terrones y mezclarla, pisándola bien *a pata* (pataleándola una o varias personas con los pies descalzos) o poniendo al borrico a dar vueltas sobre ella, a lo cual también contribuía el tejero descalzo. Era necesario retirar rápidamente las posibles heces de las caballerías, pues podían contener granos (*chochos*) de cereales que estallaran en el horno, arruinando el producto.

En la *pila* se intentaba retirar también las pequeñas piedras o *caliche* que la tierra pudiera contener, ya que su sílice reventaba con la cocción y estropeaba la teja.

Aquí también era donde se mezclaba con *tamo* (paja muy fina) si iba destinado a tejas, o con paja propiamente dicha, para ladrillos y adobes. Esta mezcla hacía que el material resultara más resistente, impidiendo que se resquebrajara en el secado y la cocción. Este *tamo* era *rebuscado* en las eras después del trillado y aventado de las mieses, se recogía con una escoba y un rastrillo y se transportaba en sacos. La paja se compraba directamente a los labradores. La proporción óptima de la mezcla la iba calculando el tejero hasta alcanzar el punto idóneo de la masa.

Una vez cumplidos estos cuidados, en el barro resultante se marcaban *lomos* con los pies, de los cuales se tomaban *bolas* de unos diez o doce kilos para pasarlas a la

barrera, hoyo circular al lado de la *pila*. Ahí se acumulaba hasta la hora de moldearlo, *arropándolo* con *teletones* húmedos y *esterajos* de esparto para que no se secara su superficie. Después se procedía a amasar más barro en la *pila*.

Las *bolas* se transportaban hasta la *barrera* normalmente de tres en tres, según el peso que aguantara el *molillero* sobre la espalda (*a las costillas*) cubierta con ropones y telas viejas. Con las primeras *bolas* de la *pila* se formaba el primer *pellón* del día para que los *cortaores* empezaran a trabajar, sirviéndose directamente de ese barro para el moldeado. El barro transportado en *bolas* se iba amontonando sobre un baleo y se *abrigaba* con *teletones* húmedos para que no hiciera *corteza*. Cuando este *pellón* se gastaba en el moldeado, se formaba otro, trayéndolo desde la *barrera*, igual que se había transportado el primero desde la *pila*.

Echa otra bola, a ver si ganamos pa la cena: el cortado

Quienes llevaban a cabo esta misión se llamaban *cortaores*. El trabajo consistía en moldear y dar forma a las piezas de barro, y se desarrollaba en la era. Si se iba a fabricar teja, se colocaba la *gredilla* sobre el *tablero* ligeramente inclinado y espolvoreado (*echar un polvorillo*) con la ceniza proveniente del horno y contenida en la *serilla* de pleita.

Era importante que sobrara barro en la *gredilla* para que la teja saliera perfecta. Había que dejar un *lomo* algo más elevado en el centro longitudinal, para hacerla más fuerte y que tuviera *cuerpo*. El barro sobrante del *rasero* se echaba en la *remoja* para aprovecharlo después.

Cuando la *gredilla* estaba bien rellena de barro y éste alisado, la teja se pasaba cuidadosamente al *galápago*, se limpiaba la *gredilla* tirando el sobrante a la *remoja*, se lavaba en el agua de la *tornaja* y se echaba otro *polvorillo* de ceniza, quedando dispuesta para el cortado siguiente. Todas estas actividades se llevaban a cabo con las manos mojadas.

En este momento entra en juego la persona encargada de *tender* la teja o *tendeor* sobre la superficie llana de la tejera llamada *tendío*.

El ladrillo, los adobes, las baldosas y las losas se cortaban directamente sobre el suelo del *tendío*, donde se había esparcido previamente una fina capa de arenilla menuda, ordenándolos en *carreras* (Figura 5).



Figura 5. *Tendiendo ladrillo las familias Loarces y Mariblanca, 1970* © eltiocazuela.com

A ver si tendemos hoy mil: el tendido

En esta fase el barro se endurece por secado, impidiendo la pérdida de la forma y haciendo la pieza más manejable antes de cocerla.

Cuando el barro cortado en forma de teja estaba sobre el *galápago* para darle su característica curvatura semitroncocónica, el *tendeor* pasaba la mano mojada sobre la superficie para suavizarla, mientras se dirigía a la era o *tendío* y la depositaba en el suelo previamente *regaillo* (regado ligeramente) para su secado al sol y al aire.

Así se mantenían las tejas durante un día, después se *vantaban* (levantaban) por parejas, descansando una sobre otra de *bocales* y se dejaban secar dos días más, manteniendo pasillos entre ellas.

Los ladrillos, por contener más barro y tardar más en secar, quedaban tendidos en el suelo, levantándolos *de quincho* o de canto a los tres o cuatro días, mientras se limaban las asperezas con el *raspaor*. Se dejaban así otro tanto y se recogían de cuatro en cuatro para colocarlos en *rejal* de *quincho* y cruzando una *daga* o “capa” sobre otra para que el aire circulara entre ellos, lo más cerca posible del *portero* del horno.

Cuando el material estaba seco, se almacenaba en la casilla cargando las tejas de seis en seis y apilándolas de *bocal*. Los ladrillos se colocaban de *quincho* en *rejal*

para que secaran bien, de manera que la segunda *daga* o “capa” de ladrillos se cruzaba sobre la primera, y así sucesivamente formando un enrejado.

Esta tarde hay que enhornar: la cocción

Con la cocción, el material fabricado adquiere características de gran solidez, debido a la pérdida de agua, entre un 5 % y un 15%, en contra de la fragilidad que presenta solo con el secado y la plasticidad antes de éste, adquiriendo su color, forma y dureza definitivos.

Una vez cortado y secado el suficiente material, se procedía a *enhornarlo*, para lo cual se contrataba un par de personas (*enhornaoras*), a medio jornal (tarde) y con derecho a cena.

Se formaba una cadena humana entre la casilla y el *portero*, pasando primero los ladrillos y después las tejas. El maestro tejero debía disponer correctamente el material para que la llama y el calor le dieran uniformemente. Si no, se formaba el llamado *gorrino* (piezas fundidas entre sí, de color verdoso e inservibles) o las tejas se deformaban (tejas *recochas*).

Se vigilaba que los ladrillos formaran un escrupuloso *rejal* sobre las *valeras*, en dos *dagas*, al *cruzao* la segunda sobre la primera. Apoyada sobre aquella, se colocaba la teja, una contra otra bien verticales en *hilos* (filas, hileras) hasta un total de seis *dagas* de teja, completando la capacidad del horno. La primera *daga* de teja se colocaba de *colilla*, y la siguiente de *bocales* alternándolas *a hilos*. Así cabían unos mil ladrillos y seis mil tejas. El tejero y su ayudante salían por la parte superior y sellaban el *portero* con ladrillo crudo y barro. Si había que cocer baldosa o piedras de cal, se disponía una *daga* entre el ladrillo y la teja.

Nunca se cocía solo teja, ya que el exceso de fuego y calor en la base del horno estropearía las primeras *dagas*. Era imprescindible colocar dos de ladrillo porque necesitaban más calor, pero sí podían cocerse solo éstos (unos cinco mil), dependiendo de los encargos.

Una vez realizadas estas labores, alrededor del anochecer, se marcaba sobre la *boca* del horno una cruz con barro para pedir que la hornada saliera bien (Figura 6).



Figura 6. *Noche quemando. Hermanos Corona (Gómez Morales) y Quico, hacia 1965*

© eltiocazuela.com

Dos personas lo alimentaban con leña desde la *bocina* durante trece o catorce horas, intentando que la llama llegara a las *dagas* superiores e impidiendo que la *boca* sacara la *lengua* (de fuego), repartiendo bien la leña con la *hurga* hasta el fondo para evitar *gorrinos* y *recochas*. Luego se sellaban los *tiros* y la *boca*.

Cuando comprobaba que la teja estaba *roja*, el tejero *hacía la cobija* o cubierta con ladrillo desechado de otras cocciones y se sellaban los espacios entre ellos con barro y ceniza para mantener el calor durante tres o cuatro días, perdiendo fuerza el fuego progresivamente para no mermar la dureza del barro o incluso hacer estallar las piezas.

Retirando algunos ladrillos de la *cobija*, el tejero comprobaba por el color *arrosao* si se había cocido bien el material, se retiraba la cubierta, se destapaba el *portero* y se *desenhornaba*, pasando unas ocho tejas de unos a otros para apoyarlas sobre una pared de la casilla en *hilos* y de *bocales*. Se regaban un poco para que *tomaran fuerza* y *soltaran el caliche*. Para todo esto se contrataba durante una mañana con derecho a medio jornal y la comida, a las mismas personas que habían *enhornado*.

Con los ladrillos se hacía un *rejal* y las baldosas se almacenaban de pie y en *hilos* unas sobre otras. También se mojaba este material una vez dispuesto.

A seis pesetas el ciento: la venta

La teja de Villafranca de los Caballeros era considerada en toda la región de muy buena calidad, por su poco peso (era *ligerica*) y su buen barro. Los tejeros debían recorrer grandes distancias para llegar a otros pueblos y ofrecer sus mercancías voceando con una teja bajo el brazo. A veces, en el buen tiempo dormían junto a las tapias de los cementerios, si no podían permitirse nada mejor. Cuando estaba apalabrado el género, el tejero lo llevaba en carro hasta el lugar de venta en varios viajes de unas ochocientas o mil tejas. Otras veces, el material ya estaba encargado antes de alguna obra para ayuntamientos o particulares.

De sol a sol, y también de noche: los tejeros/as, su trabajo y la sociedad

El trabajo en una tejera era puramente artesanal y muy esforzado; algunas labores eran agotadoras, y no se disponía para ellas de más tecnología o maquinaria, en el mejor de los casos, que la de un burro y un carro. La actividad era constante, sin horarios determinados, y las jornadas se alargaban de sol a sol o incluso durante toda la noche, como cuando se quemaba en el horno. Era un negocio de explotación familiar, duro, penoso y poco lucrativo, motivos por los cuales han tendido a desaparecer también otros muchos oficios artesanales.

El trabajo solía repartirse entre los miembros de la familia, igual hombres que mujeres. Aunque unos se “especializaran” en desarrollar determinadas tareas, todos eran capaces de hacer cualquiera de ellas. Quienes cortaban y tendían no hacían otra cosa, siendo ayudados por los demás trabajadores o *molilleros* que eran los que se dedicaban a actividades complementarias, algunas de las cuales “podían” hacer los niños (sacar agua del pozo y acarrearla, rellenar la lata y la *tornaja*, regar la era o el material cocido...). No era habitual que acudieran al colegio más que en invierno. Todas las manos servían al precario trabajo tejero y se consideraba que un niño de ocho años tenía edad suficiente para empezar a trabajar en la tejera. En las noches en que había que cocer la producción, los padres extendían un poco de paja o

masiega sobre el suelo de la *casilla* y la cubrían con un *teletón* o una manta, haciendo una “cama” sobre la que poder dormir los niños.

Había funciones que solo desarrollaban los hombres, como extraer la tierra del terrero o buscar la leña en invierno. El cortado, la colocación del material listo para cocer y el reparto de la leña en el horno lo hacían las personas más expertas.

Socialmente los tejeros no estaban muy bien considerados, debido a que su labor era sucia y desprestigiada. Los hijos heredaban el trabajo de los padres y solían casarse con hijas de otros tejeros, conocedoras de las duras labores. Por eso, entre el gremio tejero existían fuertes lazos de unión, amistad y parentesco. Entre ellos abundan los apellidos Gómez, Mariblanca, Loarces, Gutiérrez o Bolaños, lo cual indica la procedencia de las mismas familias. Los tejeros se constituyeron en asociación a mediados de los años cincuenta del siglo XX, y eligieron un patrón para ella, san Marcos, al cual se le sigue profesando gran devoción.

Tenían fama de malhablados y poco instruidos, por lo que el cura don Nicolás Fernández-Marcote Ángel les pedía que acudieran a misa y a confesarse por los muchos votos que echaban. Incluso los convocó a algunas charlas para instruirlos y mejorar sus costumbres.

En las tejas de Villafranca de los Caballeros se producía sobre todo teja y ladrillo, pero también baldosas y losas para lavar, tejas *maestras* para los canalones, ladrillos *poceros* para revocar el interior de los pozos y *chimeneones* para las altas chimeneas de las fábricas y hornos de cerámicas industriales, *adobes* para murallas exteriores y baldosas más grandes, donde antes de secarse escribían los datos del difunto para sepulturas. La fabricación de todo ello era básicamente igual, diferenciándose en la cantidad de barro empleada, los tiempos de secado y los moldes utilizados.

Había tejas que cocían también piedra de cal, transportada en *lonchas* desde los terrenos más *calerizos* (calcáreos) de la zona, las cuales se fragmentaban en trozos más pequeños, se disponían en el horno entre el ladrillo y la teja y se vendían después por las calles.

Una tejera en la que trabajara con asiduidad una familia compuesta por cinco personas como la de Francisco Gómez, *el Jaro Bodega*, su mujer Francisca Mariblanca, *la Paca del Oso* y sus tres hijas (Paquita, Manoli y Bienve) era capaz de fabricar unas mil o mil doscientas tejas diarias y cocer una vez a la semana,

dependiendo de lo que dispusieran en el horno (unos mil ladrillos y seis mil tejas o cinco mil ladrillos). A veces se incluían unas trescientas baldosas en la hornada. Obviamente, si la tejera era regentada por una sola persona ayudada por un peón, no era capaz de tener la misma frecuencia.

Sanmarqueando: los tejeros y su santo

En la Iglesia católica y ortodoxa es típico elegir santos patronos protectores de una determinada profesión, ciudad o país, para encomendarse a ellos y pedir su intercesión en favores divinos. Así creen estar más representados y protegidos.

San Marcos, patrón de los tejeros en Villafranca de los Caballeros, fue elegido por el cura ecónomo de la parroquia en los años cincuenta del siglo XX, don Nicolás, de acuerdo con el arzobispado y los tejeros. Éstos se constituyeron en asociación en 1953, y al ser bendecida la imagen el 25 de abril de 1954, le ofrecieron una *gredilla* y un galápago como símbolos de su trabajo y su devoción (Figura 7). La ermita se inauguró en 1956 y su portal en 1959, en actos presididos por los sacerdotes don Justo, don Teófilo y don Cecilio, el secretario del ayuntamiento y el alcalde don Vicente Marchante.

El mismo día de la inauguración de la ermita (25 de abril de 1956) quedó colgado un cuadro con la lista de las personas que contribuyeron a construirla y comprar el santo.



Figura 7. Familia Gómez Mariblanca con san Marcos, hacia 1954 © Paquita Gómez Mariblanca

El cargo de primer presidente o jefe del gremio lo ostentó Francisco Gómez Díaz (*el Jaro Bodega*); el de santero, Santiago Gómez Bolaños (*el Tío Clo*) y el de secretario, Braulio Serrano Pizarro que fue el albañil y construyó la ermita. Se nombraron dos mayordomos: Victoriano Peño Beldad (*Vitoriano el Gordito*) y Bernardino Bolaños Cebrián (*el Tío Nino*).

La festividad ha sido muy celebrada desde entonces, dando lugar a una palabra genuinamente villafranquera: *sanmarquear* o ir en romería a la ermita de san Marcos, el día 25 de abril a comerse el típico *hornazo*.

Conclusión

Las tejas en Villafranca de los Caballeros representaron una parte importante del empleo en este pueblo, teniendo su mayor auge en los años cincuenta del siglo XX, cuando se contaban más de cuarenta tejares faenando.

Esta esforzada labor desapareció en España durante los años sesenta, aunque en Villafranca de los Caballeros perduró unos veinte años más. La pérdida se debió a las duras condiciones laborales, el escaso beneficio, la falta de horarios establecidos, la industrialización y consiguiente abaratamiento del producto.

De todo ello se desprende la importancia de este tipo de estudios de campo para su memoria y conservación.

Referencias

Corrales Montealegre, P. (2010). *La tejera: hombre, barro y fuego. Las tejas de Villafranca de los Caballeros*. <https://www.eltiocazuela.com>